

ANDÁGUEDA: ¿REIVINDICACIÓN DE LOS VALORES INDÍGENAS O ANTIOQUEÑOS?¹

Andágueda: claim of indigenous or antioqueños values?

Mgr. Dally Ortiz Quintero

Magíster en Hermenéutica Literaria. Universidad EAFIT

Resumen

La expresión indigenista en literatura connota una valoración positiva de las culturas indígenas. La novela *Andágueda*, del escritor antioqueño Jesús Botero Restrepo, se ha inscrito en los anales de la narración colombiana como una de las mejores exponentes del género, pero el análisis genera una gran duda ¿será *Andágueda* una novela indigenista o arrierista? Sugerir una respuesta a este interrogante es el objetivo del presente artículo. Para tal finalidad se hará uso del *análisis crítico del discurso*.

Palabras clave: análisis del discurso, arriería, Andágueda, indigenismo, narrador.

Abstract

The literature of indigenist expression connotes a positive assessment of the indigenous cultures. The novel *Andágueda* by writer Jesús Botero Restrepo, has been enrolled in the annals of Colombian narrative as one of the best exponents of the genre, but the analysis generates a doubt: is this novel indigenist or arrierist? To suggest an answer to this question is the objective of this article. To this end we will make use of Critical Discourse Analysis.

Keywords: Andágueda, indigenism, discourse analysis, arriería, narrator

¹ Este artículo se presenta en el marco del Seminario Trabajo de Grado de la Maestría en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT, 2013-2.

Andágueda: ¿reivindicación de los valores indígenas o antioqueños?

La exuberante selva chocoana, situada al oeste de la cordillera de los Andes entre Panamá y Ecuador, con costas en los océanos Pacífico y Atlántico, y que alberga en su territorio la mayoría de las especies de las regiones húmedas tropicales,² es el escenario de fondo que sirve a Jesús Botero Restrepo (Jardín, Antioquia, 1921) para inscribir su novela *Andágueda*. El texto fue publicado por primera vez en 1946 y escrito tras un viaje realizado por el autor al departamento del Chocó, donde conoció selvas y minas y a los negros e indios habitantes del lugar (Colegio Altos Estudios de Quirama, 1994, p. 139).³

La novela es rotulada en su prólogo, escrito por Manuel Mejía Vallejo, como *indigenista*, término que, con el sentido crítico que ha prevalecido hasta hoy, usó por primera vez José Carlos Mariátegui, quien en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) se refiere al indigenismo como una manifestación literaria peruana, que tiene “fundamentalmente el sentido de una reivindicación de lo *autóctono* y no tiene nada que ver con el indio como motivo pintoresco” (Mariátegui, citado por Orrego, 2012, p. 32). Este subgénero no tuvo tanta representatividad en Colombia, como sí la tuvo en Perú o en México. Sin embargo, los textos compiladores y referenciadores de literatura colombiana inscriben en este novelas como *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera, *Toá* (1933), de César Uribe Piedrahita, *José Tombé* (1942), de Diego Castrillón Arboleda, y *Andágueda* (1946), de Jesús Botero. Se resalta en el prólogo de esta última:

Indudablemente la mejor novela sobre el indio fue *Andágueda* [...] que nació como una experiencia de su vida frente a los hombres y frente al paisaje, igualmente bravo e imponente [...]. Nos criamos en la misma región, y sus indios son mis indios. (Mejía Vallejo, 1986)

¿Afirma Mejía Vallejo que es la mejor novela indigenista en tanto el texto se establece como verdadera reivindicación del indio? O, por el contrario, ¿esa aseveración nace del establecimiento de la figura indígena como pretexto para glorificar la del arriero antioqueño? Esta aseveración ha llamado la atención de los profesores Pineda Botero y Orrego Arismendi. El primero afirma:

2 “Al interior de esta región se encuentran entre siete y ocho mil especies de plantas de las 45.000 que puede haber en Colombia [...]. La fauna, aunque es el aspecto menos conocido de la diversidad biológica de la región, especialmente por la cantidad de invertebrados terrestres que están sin describir, es también muy rica” (Leyva, 1993, p. 830)

3 Este novelista y poeta antioqueño escribió, además de la anterior, otra novela editada en 1963 por la Imprenta Departamental y reeditada con *Andágueda* en 1986, en la Colección de Autores Antioqueños: *Café exasperación* (Fundación Víztaiz, s. f.).

Más que una novela “indigenista”, como algunos la han calificado, *Andágueda* es una apología del colonizador blanco antioqueño: el héroe, Honorio Ruiz, por su valor y ambición, por su espíritu positivista, su libertinaje e inteligencia práctica, va dejando una estela de fama que poco a poco se hace leyenda. (Pineda, 1986, p. 4)

El segundo apunta:

Los desconfiados y sucios Guahíbos de *La Vorágine* son la manifestación colombiana de ese escéptico modo de hacer etnografía en la novela de la selva, y cuando en 1946 se publicó *Andágueda* de Jesús Botero Restrepo, ese sabor se había acentuado notablemente, apenas compensado por una intención más perceptible —pero igualmente parcial y fragmentaria— de pensar el mundo en términos de una cosmovisión nativa. (Orrego, 2006, p. 377)

Ambos argumentos echan de menos una lectura más cercana y auténtica del mundo indígena, la cual pueda dar verdadera cuenta de la denominación de *indigenista*. Como puede observarse, ninguno de los dos estudiosos está de acuerdo con la nominación atribuida por Mejía Vallejo. Sus críticas abren una nueva posibilidad de estudio, la que aquí se va a afrontar, con la hipótesis de que la novela no solo desmerece la asignación que pretende ostentar, sino que aprovecha la figura del indígena no como objeto de reivindicación sino como pretexto para exaltar la figura del arriero antioqueño.

Antes de continuar con el análisis, vale la pena ampliar el concepto de *indigenismo* y el término *arriero*. La génesis del indigenismo en Latinoamérica como corriente cultural y política puede ubicarse en las últimas décadas del siglo XIX como consecuencia de la reflexión sobre la identidad del nuevo continente. Sin embargo, es un término difícil de definir con exactitud, pues ha sido usado desde diferentes perspectivas y con diversos fines, desde la postura marxista de corte económico de Manuel González Prada y del ya nombrado Mariátegui en las primeras décadas del siglo XX, hasta las de corte social en Colombia. En un texto publicado por la Universidad Nacional de Colombia, *Indigenismo y aniquilamiento de indígenas en Colombia* (Friede, Friedemann y Fajardo, 1975), se expone la marcada diferencia entre el indigenismo paternalista, que vincula la reivindicación con la evangelización o civilización, y el indigenismo autóctono, que emprende luchas por los derechos de la población indígena en el territorio nacional.⁴

4 El indigenismo en Colombia fue una de las formas que buscó la identidad cultural. Prevalecía “el interés por el indigenismo, el mestizaje, el populismo, el racismo y el regionalismo. [...] en algunas de estas inquietudes intelectuales, el sentir nacional tomó forma, respondiendo a diferentes maneras de relacionar *raza y cultura*” (Barrera, 2009, p. 137).

En literatura el concepto ha atravesado caminos similares. Favre (1996), en su texto *El indigenismo*, habla de una corriente que no está particularmente interesada en elaborar nuevos moldes literarios americanos, sino más bien en “la intención social que contiene [...]. Al tomar resueltamente el partido de los indios, esta literatura comprometida se entrega a la crítica de la sociedad que los oprime y explota” (p. 65). Esta intención no es suficiente para Escajadillo (1994), pues puede estancarse en la mirada romántica de lo indígena y no avanzar de forma resuelta hacia la solución de “lo que en tiempo de Mariátegui se llamaba ‘el problema del indio’” (p. 118).

El término *arriero* en su acepción denotativa es la persona que transporta mercancías con la ayuda de tracción animal; pero según en el contexto regional colombiano, en especial el de la región andina, esta definición adquiere otros matices. Para Aquiles Echeverri en *La arriería en otras partes y en Antioquia* (1990), proviene de tres raíces; una árabe, *harr*, usada para apresurar a los camellos; *arria*, que según los antiguos cronistas es sinónimo de *recua*, y *arria*, que se define como un tipo de aguja “muy usada para zurcir enjalmas y sacos de cabuya” (p. 22). Dibuja el autor al personaje del arriero como

[...] el prototipo del hombre colombiano colonizador, [que] salió de Antioquia. Aquellos varones acosados por la necesidad de obtener una mejor subsistencia [...] les fue obligado a sacar bríos, capacidades, decisiones y nada de pereza, ni control de reloj para atender con tesón todo aquello que por circunstancia del medio les obligara a emprender [sic]. (p. 19).

El arriero en Antioquia es un personaje esencial en la narración de la tradición del departamento. Si bien su figura tiene raíces reales en la construcción oral, se le han atribuido características que lo sobrecalifican, como se pretende evidenciar a continuación. La novela *Andágueda* refiere la historia de Honorio Ruiz, un joven antioqueño que llega a territorio chocono tras la muerte de sus ancianos padres. A lo largo de todo el primer capítulo se resalta su desempeño como arriero en El Torrente, una mina de oro de las tantas que aún hoy socavan el territorio chocono, y la forma como con su labor fue domando la naturaleza circundante. Allí conoce a los indígenas emberá⁵ que también laboran en la mina y cree enamorarse de la hija adolescente de uno de ellos, María Clara Querágama.

Se interna con los indígenas en la selva chocona y convive con la comunidad, calmada y tranquilamente, a orillas del río Andágueda, hasta

5 Según el estudio de las comunidades indígenas de Colombia, los citaré emberá viven en el departamento del Chocó, al occidente de Colombia. También se les conoce como *cholos*. Su idioma pertenece a la familia lingüística Chocó. (Galeon.com, s. f.). En sus palabras: “A nosotros nadie nos descubrió; existíamos mucho antes de la invasión europea, hecha de luto para nosotros. Los pueblos negros llegaron luego, fueron secuestrados y traídos como esclavos, aquí se integraron con la naturaleza” (Arango, 1993, p. 777).

el día en que la indígena da a luz un hijo suyo. En ese momento Honorio pasa de ser un espectador de la naturaleza que lo circunda, paisaje natural que incluye a los indígenas, a ser parte de ella por medio del hijo que lleva su sangre, y este sentimiento lo abrumba de tal forma que lo transforma por completo. Desde ese momento pasa de ser compañero a explotador de los indígenas, a quienes obliga a trabajar para él buscando oro en el río.

Para Honorio era natural vivir al lado de los indígenas, pero conservando su categoría de hombre blanco, estancia de poder que instauraba principalmente con su habitual silencio y al evitar la ejecución de los quehaceres que la comunidad realizaba para conseguirse el sustento diario. En la simbiosis de ese hijo que ya no podía observar como otro, porque tenía algo suyo, halló el punto de quiebre de su equilibrio.

Francisco Rendón, otro antioqueño que también laboraba en la mina en la misma época que Honorio, y quién también se sintió atraído por María Clara, toma su trabajo cuando Ruiz se marcha a la selva. Labora en este oficio durante cinco meses, pero un día intenta robarse la remesa de oro que debía entregar en El Baboso, población de Chocó. El oro es recuperado por el administrador de la mina y Rendón huye internándose en la selva como fugitivo. Después de vagar por algún tiempo se encuentra fortuitamente con Ruiz en el asentamiento indígena que este maneja con mano de hierro a orillas del Andágueda.

Al llegar Rendón, Honorio le deja muy claro que él es el jefe, y Francisco, humillado, empieza a urdir en su alma la venganza. Un día en que Honorio Ruiz sale a vender el oro recogido en la semana, Francisco Rendón abusa de María Clara Querágama. Al regresar, el primero se enfrentan en duelo y finalmente cae muerto Rendón. Después del asesinato, Ruiz se aleja del asentamiento y los indígenas, acostumbrados a su liderazgo y sin saber qué hacer, pasan múltiples penurias y deciden entonces irse a buscar otros territorios. Pero como la selva está siendo invadida por hombres blancos, no encuentran en dónde asentarse. María Clara deja a su pequeño hijo, Manuel Ruiz, al cuidado de unos misioneros y nunca regresa por él. Tiempo después, Honorio se interna de nuevo en la selva en busca de los indígenas y no encuentra a nadie. Sin embargo, decide quedarse a vivir en ella con la única compañía de Cañuto, su perro. En este punto del relato, el narrador focaliza su atención en Manuel Ruiz, un joven que escucha en los pueblos del Chocó la leyenda de un “tal” Honorio Ruiz, hombre muy valiente al que no mataba ni el veneno de las serpientes.

Manuel, a quien los misioneros no supieron decirle nada de su origen, pero que reconoce en su físico las marcadas diferencias con los indígenas de la zona, intuye que ese hombre blanco era su padre, pero jamás hace

nada por encontrarlo y finalmente se va del Chocó a buscar fortuna en la ciudad. De esta forma se cierra el relato con el mismo proyecto que llevó a su padre al Chocó: salir de la tierra conocida a explorar y domar territorios desconocidos (Botero, 1946).

El relato es enunciado por un narrador que se implica metadiscursivamente,⁶ con pleno conocimiento de los hechos, que se presenta como un alter ego de Honorio Ruiz, pues no solo conoce sus motivaciones, esperanzas e internos temores, sino que también enuncia desde el inicio de la narración sanciones positivas en las cuales deja traslucir su evidente admiración, ya que lo presenta como un hombre superior en cuya descripción no economiza adjetivos para connotar su supremacía física:

Porque Honorio Ruiz había llegado al Chocó en busca de aventuras [...] pero solo encontró algunas riñas con mineros en El Torrente y unos demoledores puñetazos remachados en la piel de sus adversarios que no le causaban a él ningún asombro por el escaso esfuerzo que le demandaban y con los cuales había adquirido sin embargo fama de guapetón y hombre bravo. (Botero, 1946, p. 25)

También destaca su preeminencia mental:

Honorio Ruiz no sentía temor a la muerte. Era una de esas naturalezas vigorosas y bravías como un huracán. (p. 42)

[...] A la temeraria valentía lo impulsaba además su soledad. (p. 70)

[...] tenía es cierto, una fluidez innata para expresarse y un inexplicable sentido de captación de lo acertado y de eliminación y rechazo de lo erróneo. (p. 71).

En el uso de la voz activa, en la cual Ruiz siempre es el que se destaca en primer plano, el narrador afirma de forma directa la maximización de sus logros en contraposición de quienes son los receptores de ellos; por ejemplo, la calificación implícita negativa para quienes reciben sus demoledores golpes. Además, se resalta que sus dotes no fueron aprendidas sino inherentes a su ser, a su naturaleza, a su fluidez innata y que hasta las situaciones desfavorables, como la soledad, servían de disculpa para la exhibición de su predominio. Es, pues, un hombre no solo con una fortaleza física fuera de lo común, sino también con grandes cualidades respecto a su personalidad: osado, intrépido, audaz, temerario, perspicaz, lúcido y con dotes naturales de orador, características masculinas que lo facultan como un líder natural.

⁶ Un narrador que va “pespunteando su narración con reflexiones o acotaciones relativas a la marcha de su propio discurso, del sistema lingüístico o narrativo, en general, o le va haciendo guiños al lector indicándole ciertas pautas de lectura” (Prado, 1999, p. 88).

También el narrador establece la superioridad de Ruiz a partir de la mirada del indígena, cuando llega al poblado buscando a María Clara:

[...] serena y concisamente, dijo que venía a vivir allí para siempre. —Y aquí traigo la plata— concluyó —para casarme y hacer mi rancho.

A Manuel lo maravilló el que no pidiera consentimiento de nadie y hablara con tal seguridad. (p. 75)

[...] el astuto Miguel Querágama [...] admitió cerrando los ojos que el blanco cortejase a la india [...] estaba tácitamente valuando por lo alto la hombría de Honorio Ruiz. (p. 73)

En apariencia se evalúa positivamente la astucia del indígena, pero en realidad tal característica es valorada en tanto le permite reconocer en el hombre blanco su superioridad, que se explicita a renglón seguido en la exaltación de la claridad, concisión, serenidad y seguridad con la cual expresa su decisión, es decir, en la expresión verbal de sus prácticas de poder.

El narrador destaca en Ruiz, además, su gran seguridad que deviene en autoridad frente a los indígenas, quienes a su vez equiparan la fortaleza de su carácter con hombría. Resulta interesante detenernos un momento en este punto, ya que el significado denotativo de la palabra *hombría* dista mucho del significado connotativo que contextualiza para este término la novela. Según el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia, la hombría es un conjunto de cualidades positivas del hombre, especialmente la entereza y el valor. El mismo diccionario homologa la entereza a la rectitud e integridad, estas dos últimas, condiciones que no encuentran correlato en la relación que establece Honorio Ruiz con la comunidad indígena, como quedará demostrado tanto para los indígenas como para el lector:

Pronto, a todas las viviendas del Alto Andágueda llegó el nombre de Honorio Ruiz como el de un extraño Caudillo aborígen ante cuya violencia y osadía eran pocos los nativos que no terminaban por rendirse [...] A quien no cumplía voluntariamente sus compromisos, se le cobraban réditos de sangre, cauciones y aranceles de castigo. A quien por las buenas no accedía, a las malas tendría que acceder. (Botero, 1946, pp. 110-112)

El calificativo de *caudillo*, como aquel que guía, dista mucho de la ambiciosa empresa que había emprendido Honorio: la recopilación de riquezas que, usando como pretexto al hijo, destinaría para revindicar que hubiera nacido “en el seno de una raza infructuosa” (p. 105). El comportamiento exhibido con los indígenas, que hace gala de la fuerza física y de la crueldad, se ajusta más a la descripción de un tirano, que a la de un adalid en el que se destaca la hombría.

El narrador va más allá de la simple admiración, y cuando Honorio empieza a abusar y a esclavizar a los indígenas, busca justificación a sus acciones. Dice, por ejemplo: “Y otros explotaban la selva y esclavizaban al indio ¿por qué no él? Eran reacciones muy explicables en un alma cruzada de fuerzas arbitrarias e indómitas que fueron soterradas en una calma ficticia durante algún tiempo” (Botero, 1946, p. 105). Se refiere al tiempo que Honorio Ruiz convivió con los indígenas en Vivícora a orillas del río Andágueda, compartiendo su forma de vida sencilla, levantándose al amanecer para pescar solo lo que se consumiría en el día, cultivando el maíz y participando de los rituales posteriores a su cosecha. Se recurre de nuevo a la magnificación del sujeto por medio del uso de adjetivos de carácter positivo, esta vez adjudicados a su alma. Paradójicamente, la sencillez y la naturalidad de la cotidianidad indígena reciben el calificativo de ficticias, una experiencia que pasa a ser aparente y falsa al ser vivida por Ruiz, un simple parecer que no alcanza a colmar ni a contener su verdadero ser. Esta justificación del narrador encuentra asidero en la escala de valores que permea sus valoraciones: la cosmovisión del arriero antioqueño, categoría que se ampliará más adelante.

A lo largo de los quince capítulos, el indígena emberá como objeto de narración es abordado en solo tres de ellos (xviii, ix y xii), y de estos solamente recibe alusiones que pueden considerarse positivas en dos párrafos. El primero se refiere a la valoración que hace Honorio Ruiz de su estilo de vida: “le iba tomando gusto a esa vida seca e impenetrable en la corteza, pero tierna allá en sus profundidades” (Botero, 1946, p. 77). El segundo le reconoce al indígena sus conocimientos curativos: “Donato Tunay le curó, es cierto, el incipiente paludismo con una tisana verdosa y espesa, de hierbas amasadas con saliva y con unas misteriosas sílabas y unos intrincados signos cuyo poder solo él tenía en esta porción de la tribu” (p. 86). Sin embargo, nótese los adjetivos con los que se califica la vida del indígena que connotan una valoración bastante particular dada la confluencia de lo árido y lo vacío con lo cerrado. Mientras la oración adversativa hace referencia ya no al indígena sino al sentimiento que suscita en quien habla: ternura o quizá debería decirse compasión, sentimiento que connota una superioridad sobre quien lo origina.

El narrador recrea, además, la vida cotidiana de la comunidad, referida tanto a la manera de traer los niños al mundo, como a la ceremonia de la cosecha del maíz, que incluye la elaboración de la chicha y su consumo colectivo. Particularmente, se detiene en la representación de las relaciones familiares determinadas por un patriarcado que reduce a la mujer a objeto que se entrega a un hombre y después hace las veces de cultivadora, carguera, cocinera, limpiadora y proveedora de hijos, trabajos realizados en el más absoluto de los silencios por “la muchacha indígena callada y

circumspecta” (p. 77). Se resaltan como valores el silencio y la discreción de la mujer indígena, rasgos que desde la perspectiva del hombre blanco le son convenientes para su concepción del mundo, toda vez que encajan perfectamente con el patriarcado del cual procede.

Cuando deja la mina y decide irse a convivir con los indígenas, para Honorio es sencillo asumir el estilo de vida de estos,⁷ pues tiene todo lo que le es necesario: choza, maíz, india y pesca son enumerados sin ningún orden valorativo para él, elementos todos estos que en la narración son presentados en el mismo nivel de importancia. Todo era parte del paisaje chocoano; los indígenas se constituían en un componente más de la selva exuberante que tanto lo atrajo al llegar. Desde esta percepción puede entenderse el silencio del personaje, porque los hombres no hablan con los objetos decorativos de su ambiente: “Vos, hombre Ruiz, vivir calculando será no más. Tener más boca cerrada que indio viejo...” (Botero, 1946, p. 86). Además, María Clara Querágama, lejos de representar el amor sentimental, se constituye para él en un símbolo de la superioridad sobre la raza indígena. Así lo afirma el narrador cuando anota:

La india, sobre todo, era un halago a su vanidad, ya que sin contar con que la indiecita era bella [...], la raza indígena resguardaba a todas sus mujeres, con celo belicoso de la lujuria blanca. Y cuando excepcionalmente las entregaba era solo por su propia voluntad, y nunca a hombres que el perspicaz indígena veía incapaces de arrebatarlas a la fuerza llegada la ocasión. (p. 72)

De nuevo se resaltan en el plano del parecer las virtudes del indígena, como la perspicacia, pues se hace en virtud de la valoración del hombre blanco. Se es bueno en tanto se hace uso de esa bondad para reconocer la supremacía en el *otro*. Se destacan, entonces, en esta visión del narrador, la supremacía intelectual y física de la raza blanca y la impotencia del nativo para hacerse valer en su propio territorio.

Las demás menciones al indígena están permeadas por la perspectiva del enunciador⁸ arriero, que sanciona negativamente costumbres y modos de vida diferentes al suyo desde una posición etnocentrista⁹ que desconoce de forma abierta la multiculturalidad del entorno. Para apreciar mejor

7 Aunque después, como ya vimos, el narrador sancione la experiencia de forma negativa.

8 “El enunciador es según Benveniste (1971) una instancia de la narración, una voz implícita mediante la cual la instancia de enunciación opera un reparto entre el mundo exeroceptivo (cosmológico), que le suministra los elementos del plano de la expresión, y el mundo interoceptivo (noológico) que le ofrece los elementos del plano del contenido” (Blanco, 2004, p. 13).

9 El etnocentrismo según Levi-Strauss es “la actitud más antigua [...] consiste en repudiar pura y simplemente las formas culturales —morales, religiosas, sociales, estéticas— que están más alejadas de aquellas con las que nos identificamos. ‘costumbres de salvajes’, ‘eso no es cosa nuestra’, ‘no debiera permitirse eso’, etc., otras tantas reacciones groseras que traducen este mismo estremecimiento, esta misma repulsión en presencia de maneras de vivir, de creer o de pensar que nos son ajenas” (Levi-Strauss, 1973, p. 308).

este punto, resulta importante establecer cuál es la cosmovisión del arriero antioqueño en cuanto a los valores que considera primordiales. En el discurso pronunciado por Fabio Echeverri Correa, a propósito de la recepción de La Orden del Zurriago, concedida por el Centro de Estudios Universitarios en Bogotá, el 14 de diciembre de 1988, el empresario antioqueño expresó:

Cuando de valores se habla, es oportuno tomar como paradigma al arriero antioqueño [...] En el arriero artífice de la grandeza de Antioquia la Grande y antecedente próximo de los desarrollos minero, agrícola e industrial, se combinan una serie de valores que hoy escasean y de qué manera: la honorabilidad, la hombría, el orgullo, la exactitud, el espíritu de sacrificio. (Echeverri, 1989, p. 14)

Por su parte Guillermo Cadavid (2012) resalta del arriero:

[...] la capacidad de trabajo y sacrificio que tenían los arrieros. El pasarse todos los días transitando por caminos que apenas merecían este nombre, conduciendo una recua de animales, era para gentes de temple extraordinario y de una probada afición al trabajo [...] en esa difícil escuela crean una ética que valora el trabajo como el medio más idóneo para el ascenso social y para la adquisición de bienes de fortuna [...] todos sus esfuerzos están encaminados a este fin, por ello desarrolla una actitud positiva eminentemente utilitaria.

Las palabras empleadas en ambos textos, para describir las virtudes propias del arriero, se fusionan en un campo semántico: la consecución de riqueza. Para tal fin se requiere espíritu de sacrificio en función de la renuncia y el esfuerzo que deben empeñarse en la consecución de tal objetivo. Como se ha mostrado, estos mismos valores caracterizan al personaje de Honorio Ruiz y se establecen como directrices del relato, en la medida en que son el parámetro a partir del cual se sancionan las características indígenas negativamente y se las instala en un plano subordinado, pues no se reconocen como diferentes sino como inferiores.

Además, se invalidan las particularidades de los indígenas, al destacar, por ejemplo, sus “inteligencias romas” (Botero, 1946, p. 87); al acusarlos de ser “una raza melancólica, raza en extinción lenta y prolongada [...] que no se humanizaba más que en los placeres elementales: la caza y la pesca” (p. 77), y hasta el amor por la tierra y la naturaleza son minimizados desde esta visión: “Y es que mientras unos están hechos para empuñar maíz hasta la muerte [...] otros tienen por qué exigir oro, puesto que llevan sangre de conquista hasta en las manos vacías” (p. 106). En el uso de los adjetivos que descalifican al colectivo indígena, sinónimos de seres sin agudeza intelectual, obtusos, simples y, por lo tanto, sin ambiciones, hay una sanción implícita desde un “deber ser” etnocentrista. Según las descripciones anteriores, los criterios de los cuales se sirve el narrador

para emitir juicios de valor denotan una idealización cultural que lo obliga a ver a los indígenas a través de sus propios paradigmas culturales.

De esta manera, la narración despliega las características del indígena desde la perspectiva del hombre blanco y la visión del mundo que acompaña al arriero. Esta concepción cobra vital importancia en el desarrollo de la novela al momento del nacimiento del hijo del protagonista. Esta calificación del indígena por parte de Honorio es el motivo que lo impulsa hacia el cambio y la transformación de su hábitat en el momento del nacimiento de su hijo. Cuando empezó a convivir con los indígenas era un simple observador del paisaje que lo rodeaba y con el cual no interactuaba. En palabras del narrador: “Un hombre podía vivir entre indios, pero no dejar por allí regada sangre sufriente, sangre melancólica y coagulada antes de nacer por el fatalismo de una raza en derrumbe y por el rigor vitalicio de un destino sin escape” (Botero, 1946, p. 104).

Con la disculpa de proveerle al hijo un futuro que por sí mismo no podría labrarse porque “llevaba en las venas sangre india que le proporcionaría impasibilidad y desgano vital, desidia y pesadumbre nativas” (p. 77), Ruiz se da a la tarea de buscar fortuna a cualquier precio. Empieza a pensar con una angustia nacida del orgullo, no del amor, en el futuro de ese niño por su condición indígena, condición que le impedirá la movilidad que él como hombre blanco sí posee: la libertad de vivir donde quiera y de ser poseído por el entorno solo si lo acepta, sin la resignación de los indios sino con su voluntad. Por eso se propone comprar esa libertad para su vástago: “Y se dio con dedicada obstinación en adquirir dinero para resarcir al hijo de la carga que le había impuesto con traerlo a la vida en el seno de una raza infructuosa” (p. 106). Es una decisión permeada por una mirada materialista que concibe el progreso humano necesariamente de la mano del capital, basada en la certeza de que a ese niño le espera un futuro incierto por poseer la sangre de una raza inferior.

El personaje reasume ahora el rol de arriero, el mismo que relegó mientras convivió en paz con los indios, y como tal ejerce su superioridad sometiendo al indio a través del miedo; se vuelve explotador y ambicioso en relación con un futuro incierto que debe resolver. El indígena pierde por completo su vida tranquila y sosegada. Honorio, de amigo y semejante, pasó a ser una serpiente, “una equis inexorable y vindicativa” (Botero, 1946, p. 117).¹⁰

10 La *Bothrops atrox* es una especie de serpiente de la subfamilia Crotalinae, conocida en Colombia con el nombre de mapaná. Es probablemente la serpiente más temida en la América del Sur, junto con la shushupe o verrugoso (*Lachesis muta*). Se considera que es el reptil americano que causa más muertes (Colombia sin Palabras, s. f.).

Se usa la metáfora de la serpiente, una metáfora en el sentido de Ricoeur (2006), no como palabra sino como expresión figurativa que refiere en forma condensada la extensión de una descripción que requeriría una explicación larga para su completa aprehensión. La interpretación metafórica de la equis, la serpiente más venenosa que habita el territorio chocoano, supera de esta forma la interpretación literal, lo que provoca una extensión del sentido a partir de un enunciado que capta una semejanza. Se refiere a un Honorio peligroso, temido, capaz de atacar en el momento menos esperado y fatal.

Resaltan en esta parte del relato las características de Ruiz de manera más preponderante: “Pronto a todas las viviendas indias del Alto Andágueda llegó el nombre de Honorio Ruiz como el de un extraño caudillo aborígen ante cuya violencia y osadía eran pocos los nativos que no terminaban por rendirse” (Botero, 1946, p. 110). Es aquí donde aparece Francisco Rendón, quien se instituye como el único interlocutor válido¹¹ para Honorio Ruiz, ya que es su semejante por el simple hecho de ser arriero antioqueño. Es él quien, tratando de ganarse la aprobación de los indígenas en ausencia de Honorio, les manifiesta que este “los está explotando como a unas mulas” (p. 129), metáfora extraída de la cultura popular antioqueña, que ratifica la idea de la supremacía del hombre blanco sobre la raza indígena, al comparar a estos con un animal, considerado, por demás, como propio solo para la carga y que necesita de una guía para poder realizar su trabajo. Valga anotar que el uso de metáforas como esta da cuenta de la intención del narrador de polarizar la relación de los indígenas con el hombre blanco, porque cuando el sentido de las palabras no alcanza se acude a la metáfora, a su excedente de sentido, para darle sentido completo a lo que no se agota en una expresión y debe llegar más allá.

Después del asesinato de Rendón, como antes se anotó, Ruiz se refugió en Bagadó, abandonando a los indígenas en la selva a orillas del río Andágueda. Ante la ausencia del “capataz” blanco, el narrador ensaya una defensa del indígena estableciendo por primera vez en el relato una mirada desde adentro, mediante reflexiones que el mismo aborígen se plantea, en las cuales se da cuenta de que pierde el equilibrio en su vida en tanto se aproxima a la “civilización” y, por consiguiente, a la convivencia con hombres blancos y negros. Recuerda que en la selva no le faltaba nada, que allí no necesitaba de la tutoría interesada de un “racional”, y sabe que no tiene ninguna propiedad porque carece de las herramientas-armas que le permitan marcar un territorio para sí y se resigna a su suerte nómada y servil. Este “ensayo de defensa” cae en su más bajo nivel cuando se enuncia que “la voluntad de estos hombres [los indígenas] requería un amo

11 En el sentido pragmático del poder, no del uso de la palabra.

cualquiera que los azuzase y alentase. Sola, no era apta para encaminarse a su fin” (Botero, 1946, p. 141), y establece que “lo mejor era que alguien pensase y obrase por ellos, aunque le tuvieran que prestar obediencia ciega hasta morir” (p. 141). Retomando las metáforas anteriores, Honorio es el arriero líder de la recua de mulas, un líder natural que guiaba el destino vacilante y dudoso de los indígenas, desconociendo en su cultura cualquier orden social.

Finalmente, un Honorio sin dinero regresa a la selva con su perro y se dispone a vivir solo, huyendo de la perspectiva de volver a la ciudad. En un salto de tiempo el narrador nos revela un joven de veinte años criado por unos misioneros que escucha las leyendas glorificadas de “un tal Honorio Ruiz” (p. 180) del que intuye es su padre:

[...] al oír mencionar a aquel mismo Bucamá casi olvidado de su infancia, asociado al nombre aventurero de Honorio Ruiz, tuvo la certeza de que su vida fluctuaba por oscilaciones sanguíneas ineluctables hacia este último. Y se enorgullecía de ello. Y tal convencimiento le entregaba un mensaje azaroso, de incitación a las aventuras. (p. 181)

En palabras del narrador, aquel joven, Manuel Ruiz, no evidencia “el carácter sombrío que le habían legado sus ascendientes (indígenas)” (Botero, 1946, p. 181), sino que, por el contrario, encarna las características atribuidas al hombre-leyenda Honorio Ruiz: “Una jovialidad exultante se manifestaba en sus movimientos vivos, en su risa recia, en su frente sin pliegues y en su palabra suelta y sonora” (p. 181). Manuel había heredado de su padre no solo las particularidades físicas y de personalidad, sino también la necesidad vital de buscar aventuras y territorios desconocidos para explorar y conquistar. Como la selva en la que había nacido no representaba para él ningún reto, decide irse a la ciudad desconocida plena de misterio y desafío. Este fue el último triunfo de Honorio Ruiz sobre la raza indígena, pues su hijo no heredó ni los rasgos físicos “[...] no excedía su cuerpo los límites de los bien conformado y medido. Las facciones no alcanzaban a ser aindiadas” (p. 181), ni los rasgos de personalidad de la raza que consideraba inferior. Con este cierre de la historia, la novela reivindica la exaltación de los valores aceptados y exaltados en la cultura antioqueña, un modelo de representación de aquellas creencias y costumbres que se van sedimentando en los sujetos a partir de una manera de nombrar.

Así pues, como se ha demostrado, la novela presenta las particularidades de las dos culturas en una dicotomía que instaura posiciones de poder de una frente a la otra, establecida en una relación jerárquica de arriba-abajo. Estas posiciones se identifican en la tabla 1, que, a manera de síntesis de lo expuesto anteriormente, muestra cómo se emplazan en

la novela los valores del arriero antioqueño en un nivel superior a los valores del indígena.

Tabla 1. Valores del arriero respecto a los del indígena en *Andágueda*

Arriba	Arriero	Negociante	Valiente	Bravo	Hábil	Fuerte	Orgullosa
Abajo	Indígena	Ingenuo	Pusilánime	Apocado	Bruto	Débil	Humilde

Fuente: elaboración propia.

En la parte superior de la tabla 1, el término *arriero* engloba a las demás palabras, que establecen categorías superiores basadas en prejuicios, lo que faculta al sujeto arriero a emitir juicios de valor, guiar y dar órdenes al sujeto indígena del cuadro inferior. Las palabras enunciadas explicitan la maximización del nosotros (narrador y personaje) y la minimización del ellos (indígenas); se constituyen en una marca que el enunciador va dejando en su discurso y que dan cuenta de sus representaciones mentales. Además, el uso de adjetivos de carga semántica tan fuerte reviste al discurso del narrador de un carácter subjetivo que pondera los valores de un grupo social sobre otro.

En un texto a propósito de otra novela colombiana que trabaja la temática del indio, *Lejos del nido*, Fabio Gómez anota: “asistimos con ella a las concepciones dominantes en la sociedad antioqueña del siglo XIX”, en la cual “todas las estrategias discursivas que el narrador pone en juego [...] apuntan a la demonización del indígena”. Aunado a la anterior afirmación, la de que otras novelas comparten la misma valoración —“*La vorágine*, *José Tombé*, *Andágueda* y otras”—, se evidencia que desde la enunciación otras novelas colombianas que se inscribieron como indigenistas quedaron en deuda con la definición, al igual que *Andágueda*.

A manera de conclusión, puede afirmarse que aún en sus intentos de defensa de lo indígena el narrador se queda en la simple intención, pues lo que prevalece es la visión del mundo del arriero, del hombre blanco como parámetro de valoración del indígena. De este modo, la descripción de sus costumbres cotidianas se opaca por el hecho de que dichas prácticas pasan a ser parte del paisaje observado y la reflexión final, enunciada desde los personajes aborígenes; pierde validez en la resignación con que asumen su triste suerte y en la instauración de la comunidad como ente pusilánime.

La perspectiva del arriero antioqueño en esta novela se manifiesta en la polarización expuesta a través de paralelismos, con el uso de términos que representan la relación de lo nombrado con quien lo nombra. Hay en la narración una estrategia general de autopresentación positiva y la

presentación negativa del otro que marca ideológicamente el discurso. Si fuera necesario etiquetar esta novela, propongo que debería tomar el nombre de *arrierista*, pues reivindica y posesiona las características del colonizador antioqueño estableciéndolas como superiores a las indígenas. Cae irremediabilmente en un exagerado etnocentrismo que permea todas sus apreciaciones.

Referencias

- Arango, D. (1993). *Quinientos años después...*, Colombia Pacífico Tomo II, 64. Pablo Leyva (ed.), Fondo FEN-Colombia
- Blanco, D. (2004). Autor, enunciador, narrador. *Lienzo, Revista de la Universidad de Lima*, 25, 8-25.
- Barrera, Ó. (2009). Folclor, indigenismo y mestizaje durante la república liberal. *Maguaré*, (23), 135-153.
- Botero Restrepo, J. (1946). *Andágueda*. Medellín: Editorial Bedout S.A.
- Cadavid, G. (2012). *Sonsón y la arriería*. Recuperado de: http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/21/21_630254401.pdf
- Colegio Altos Estudios de Quirama. (1994). *Escritores y autores de Antioquia*. Medellín: Edición Autores Antioqueños.
- Colombia sin Palabras. (s. f.). *Serpiente mapaná x (Bothrops atrox)*. Recuperado de: <http://www.colombiasinpalabras.com/2013/05/serpiente-mapana-x-bothrops-atrox.html>
- Echeverri, F. (1989). El arriero antioqueño paradigma de nuestros mejores valores. *Andi*, (96), 13-16.
- Escajadillo, T. (1994). *La narrativa indigenista peruana*. Perú: Amarú Editores.
- Favré, H. (1996). *El indigenismo*. México: Fondo de la Cultura Económica.
- Friede, J., Friedemann, N. S. de y Fajardo, D. (1975). *Indigenismo y aniquilamiento de indígenas en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Fundación Vízta. (s. f.). *Jesús Botero Restrepo*. Recuperado de: <http://www.vizta.com.co/litera/autores/bc/boterores.html>

- Galeon.com (s. f.). *Grupo Emberá*. Recuperado de: <http://www.galeon.com/culturasamerica/Emberas.htm>
- Gómez, F. (2009). Etnicidad y violencia en la novela *Lejos del Nido. Poligramas*, (31), 83-105.
- Levi-Strauss, C. (1987). *Antropología estructural*. Barcelona: Paidós.
- Mejía Vallejo, M. (1986). Prólogo. En: J. Botero, *Andágueda y café exasperación*. Medellín: Autores Antioqueños.
- Orrego Arismendi, J. (2006). Reseña de Manaucaíma. *Boletín de Antropología, Universidad de Antioquia*, 377-384.
- Orrego Arismendi, J. (2012) La crítica de la novela indigenista colombiana. *Estudios de Literatura Colombiana*, (30), 31-54.
- Pineda Botero, Á. (1986). ¿Novela indigenista? *El Colombiano Dominical*, (26), p. 4.
- Pineda Botero, Á. (2013). *Tradición y deslinde. Estudios críticos sobre la novela colombiana*. Recuperado de: http://www.javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/bibliograf/pineda_mito/introduccion.html
- Prado, J. del (1999). *Análisis e interpretación de la novela: cinco modos de leer un texto narrativo*. España: Editorial Síntesis.
- Ricoeur, P. (2006). La metáfora y el símbolo. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo XXI.